

TRISTE FIGURA

Seudónimo: Mana Mana

Sevilla. Diciembre de 1597

No era Sevilla, al tocar completas, sino el fondo de una covacha, un ramillete de callizos umbríos plagados de bajamaneros, bravotes y cofrades de pala. Y en la penumbra de la noche, esperando el momento, aguardarían a buen seguro rastilleros y chinadores dispuestos a delinquir. Era, pues, sensato andar presuroso, sin hacer caso a las urgamanderas, coimas y germanas que le ofrecieron sus carnes rebosantes por un precio al que ni siquiera atendió, medio ajumado como iba, los pasos indecisos, tambaleante el caminar, de regreso a la hostería del barrio del Arenal.

Mas es la vida una suerte de rifa, donde a veces la fortuna llama a la puerta y otras es el infortunio quien golpea la aldaba con energía.

No hubo de extrañarse el comisario de abastos, entonces, de que andando a tales horas cuatro jayanes como cuatro malas sombras le salieran al paso, cerca del Puente de Barcas, con la luna guarecida entre las nubes y el Giraldillo arrecido en las alturas.

Se echó el hombre al tahalí la mano diestra —la única que tenía útil—, donde guardaba la centella, dispuesto a resolver, para bien o para mal, la pendencia que se avecinaba, pues no había lugar por donde guiñar y alejarse del peligro.

Bien estudiado tenía aquella esquifada el asalto, mas no era el paisano persona apocada; antes al contrario, le enfureció la trampa por cuanto tenía de cobarde: cuatro para uno, lisiado y borracho, por más señas.

Hubo ruido de acero al desenvainar, un eco metálico que barruntaba sangre y afinó la voz como una escolanía, cerca del Guadalquivir, que dormitaba en su lecho de bronce, ajeno a lo que se cernía.

—¿Venís a robarme? ¿A mí, precisamente? —preguntó don Miguel de Cervantes, tal era el nombre del caballero.

—A vuesarced y a quien se tercié —dijo uno de ellos, fanfarrón.

—Pues por vuestro bien más duchos os espero con las armas que con la vista, que poco dinero ha de llevar un hombre en el esquero a tales horas. Ya hay que ser mandria, corto de entendederas, quiero decir,

para asaltarme a mí, en lugar de a un hijodalgo de los que frecuentan el Compás o la Resolana, beben vino precioso y gozan de mujeres caras de aquellas mancebías.

Dijo esto don Miguel lanzando un bufido antes de repeler el ataque del primer rufián que se le acercó y quien, sorprendido por la destreza del hombre, dio un paso atrás y miró a los otros de reojo y viniendo a decir: ¡cuidado, que no es este gallina de corral ni torpe con el respeto, que bien afilado lo lleva y a poco me ensarta!

—Ya se le quitarán las ganas de chanzas cuando le meta dos palmos de toledana en las asaduras —dijo otro de ellos.

Se acercaron las cuatro sombras a Cervantes, decididos a no perder más tiempo ni a exponerse a que aparecieran los corchetes y tuvieran que salir de naja —pies para qué os quiero— con prisas y sin botín.

A poco de empezar la trifulca la punta de un cuchillo le rajó la capa y le abrió la bocamanga de la camisa. Mal pintaba aquello, rediós.

Pero no estaba don Miguel —que despachó turcos en Lepanto y se las vio muy negras en Argel— dispuesto a que cuatro rufianes acabaran con él en una calleja que apestaba a orín y bosta de caballo. Por un instante, entre mandobles y cuchilladas, recordó Cervantes el fragor de la batalla con los otomanos, las astillas de las naves saltando a cañonazos, los gritos; la zarabanda y el estrépito de la batalla; la cubierta resbaladiza por la sangre de los heridos y los muertos; el olor a pólvora, los lamentos, los arcabuzazos, las picas abriendo las carnes del enemigo, el bramar feroz de la guerra. Y no. Él, que había vivido todo aquello —“la más memorable y alta ocasión que vieron los siglos pasados, ni esperan ver los venideros”—, según sus propias palabras, no tenía intención de morir allí.

Pero hete aquí que una cosa es el arrojo, rayano tantas veces con la osadía, y otra las álgebras: cuatro para uno es una desventaja, se haya luchado en Lepanto o en una taberna inmunda. Y aunque pudo don Miguel esquivar el aluvión de estocadas y puñaladas, logrando incluso herir a uno de los asaltantes, era cuestión de tiempo que las fuerzas menguaran, que el brazo se cansara, el fuelle se agotara y las piernas flaquearan. Tenía maldita la gracia, pensaba en tanto el alcaláino, haberse batido el cobre en tantos sitios para mayor gloria del Imperio y caer a manos de aquellos cuatro lerdos.

Aquel pensamiento le dio fuerzas para un rato en los que pudo dejar fuera del duelo a uno de los asaltantes, quien recibió una estocada en el costado, ancha y fea, por donde empezó a sangrar lo mismo que un cochino en una matanza.

Esto será lo último que haga: dejar medio muerto a un ladrón, voto a tal, pensó don Miguel viendo alejarse al herido con la mano en el costado entre ayes y lamentos.

Los otros tres resoplaban y maldecían, pero sabían que solo era cuestión de insistir: aquel bravucón caería como fruta madura.

Pero lo único que le caía era el sudor por las sienes y la espalda, a pesar del frío y la humedad.

—Os parecerá de valientes la pelea. Cuatro hombres para uno. Y a fe que nadie me dio vela para el entierro, pero si hay algo que no soporto es el abuso y la villanía de los cobardes.

Dieron unos pasos atrás los tres asaltantes —el cuarto yacía en el suelo, malherido—, inquietos, pero luego vieron la figura de quien acababa de aparecer por el callizo y rieron a la vez.

Tampoco Cervantes pudo evitar un “¡arreal!”, cuando vio a aquel hombrecillo delgado, puro hueso, de perilla del color de la ceniza, los ojos hundidos y una espada desenvainada, pero empuñada con tan poca destreza que don Miguel supo que el recién llegado no tardaría en caer con la barriga abierta o el corazón agujereado.

Pero el hombre no hizo caso ni de unos ni del otro: dijo que no le importaba la razón de la pendencia, ni quién fuera la víctima:

—Aun entre los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno¹ —dijo eso y con un torpe pero efectivo toque de muñeca, apartó el acero de uno de los asaltantes para luego cargar con furia hasta meterle a su adversario un palmo de hoja en el hombro.

Huyó el desgraciado, calle abajo, sin esperar a sus compinches, dolorido y soltando maldiciones.

Eso animó a don Miguel, quien soltó la capa y se echó encima de otro de los asaltantes. Pero no hubo mucha más riña. Huyeron las cuatro sombras por donde habían venido: dos maltrechas y las otras dos con el rabo entre las piernas, entre reniegos y juramentos de venganza.

¹ Cita de El Quijote. Nota del Autor.

Quedó, luego de alejarse el taconeo de los que tomaron las de Villadiego, el angostillo en silencio. Nada más que el resoplar ahogado de don Miguel de Cervantes se dejaba oír, con ruido pedregoso de pulmones sin aire ni fuerzas.

—Gracias, caballero —le dijo a quien vino a sacarle del trance—. Creo... creo que me habéis salvado la vida.

El caballero, escuálido, pero sin aparente fatiga, se prestó para que Cervantes anduviera unos pasos y se sentara en un poyete.

—Mal vamos, querido amigo, si cuatro roban al que no tiene —sentenció ayudando a don Miguel a acomodarse.

Cervantes recordó su oficio y notó los carrillos templarse, para después decir entre dientes:

—Así es...

—Alonso. Alonso Quijano es mi nombre.

Observó Cervantes a la luz de la luna, que parecía haberse envalentonado también, la tez pálida de quien le hablaba. Luego se dio cuenta de que cerca había un rocín tan escuálido como su dueño, oliscando el fangal sucio.

—Decidme, buen hombre, ¿dónde está vuestra morada? Será un placer acompañaros.

—No muy lejos, cruzando el puente. Pero no tenéis que molestaros. Bastante habéis hecho ayudándome con esos cuatro mamarrachos.

—No es molestia —repuso Alonso tomando de las riendas a su caballo—. ¿Estáis herido?

—No, no. Solo tengo rota la camisa y mi capa, mal rayo les parta —contestó Cervantes contrariado.

—¿Cómo se le ocurre a vuesarced salir a tales horas? Si en España se saquea de día en despachos y palacetes, ¿qué no se robará entre las sombras?

—Tened cuidado y bajad la voz. Sois hombre de armas por lo que veo, pero incauto con la lengua.

Rio Alonso y siguió los pasos de don Miguel.

—Tenéis razón, mas no puedo evitarlo, señor. Aunque no soy hombre de armas, simplemente cabalgo de aquí a allá, sin rumbo fijo. Busco aventuras y una dama a la que cortejar. Algún día, quién sabe, el mundo entero sepa de mis andanzas.

—¿Andanzas? Pues a fe mía que la encontraréis si seguís socorriendo a incautos como yo, ya lo habéis visto. Y más a tales horas.

—¡A tales horas —replicó Alonso Quijano—, cualquier ciudad es más peligrosa que un pirata inglés. No han de faltar canallas ni hideputas. Que de esos hay más que piedras en los caminos.

Habían recorrido un tramo del trayecto que discurría junto al río, cerca ya del Puente de Barcas. La noche sevillana se había tornado extrañamente tranquila, aunque un airecillo frío se colaba bajo los capotes como afilados estiletos. Se movían las ramas de los árboles y las aguas del Guadalquivir se arrugaban con un oleaje minúsculo y callado.

Un gato maulló en algún tejado, pero después todo quedó en silencio.

—Pues aquí vivo. Ya tengo el cuerpo a salvo. Gracias otra vez.

—No hay por qué darlas. Ahora toca proseguir —habló echando un vistazo a la fachada del parador.

—¿Dónde vais, si no es indiscreción la pregunta? Es tarde y parecéis agotado. Quedad alojado en la hostería.

Negó despacio Alonso y después miró a su caballo antes de montarse en él.

Observó de nuevo don Miguel la triste figura —porque triste era— de Alonso recortada en la escasa luz de la madrugada. Se le antojó que caballero y animal parecían uno solo, con tanto hueso y tan poca la carne que se veía.

—Iré a donde los pasos de mi caballo me lleven —dijo dando un ligero toque de espuelas a su rocín.

—Quedad con Dios —habló Cervantes—. Guardad cuidado y encontrad las aventuras que buscáis. Mas no seáis necio: que hay mucho osado debajo de las lápidas del cementerio. Y no es valentía la temeridad.

Pero Alonso no contestó. Su montura lo alejó muy despacio del lugar, como si en realidad no tuviese prisa alguna, ni por encontrar andanzas, ni porque las andanzas lo encontraran a él.

Cervantes aún se quedó un rato viendo cómo el animal y el caballero se perdían entre las sombras de la noche. Solo cuando dejó de escucharse el eco cansino de los cascos de la jaca fue a darse la vuelta.

—¿Y quién va a saber nunca nada de vos, quién de vuestras andanzas, alma de cántaro? Solo os falta un escudero —musitó. Luego don Miguel llamó a la aldaba y entró en la hostería.